

—La señora Darbyshire está acostumbrada á gastar bastante—dijo Holmes echando una mirada á la factura.—590 chelines por un solo vestido me parece algo caro.

Luego, levantándose, añadió:

—Bueno, creo que aquí no hacemos nada ya. ¿Tendréis la bondad de llevarme al lugar del suceso?

Al salir nos encontramos con una mujer que estuvo á Gregory, poniéndole una mano sobre el hombro. Su rostro pálido, con los ojos hundidos y la boca dolorosa, sus ademanes nerviosos revelaban que estaba bajo el imperio de una fuerte conmoción.

—¿Los habéis descubierto? ¿Se sabe algo más?—preguntó anhelante.

—No, mistress Skaker. Pero estad tranquila que este señor, que ha venido exprofeso de Londres y yo, haremos todo lo posible por arreglar este asunto.

—Perdonad, mistress Skaker—dijo Holmes.—¿No nos hemos visto hace poco en Plymouth en una *Garden-party*?

—No. Seguramente me confundís con otra.

—No sé, no sé... Sin embargo, juraría que... ¿No llevábais un vestido de seda gris adornado con unas plumas de avestrúz?

—No he gastado nunca un vestido así.

—¡Ah! Entonces, indudablemente, me he confundido.

Y después de excusarse salimos todos guiados por el inspector.

Al poco rato llegamos á la hondonada donde se

encontró el cadáver. En la parte alta se veía el matorral que sostuvo el impermeable del picador.

—¿Hacia viento aquella noche?—preguntó Sherlock Holmes.

—No. Llovía únicamente.

—En ese caso no pudo ser que el viento llevase el impermeable hasta el matorral, si no que debió ser puesto allí por alguien.

—Sí, estaba extendido.

—Esto es muy importante. Observo que el suelo está muy pisoteado. Sin duda habrá aquí algunas huellas posteriores á las del lunes.

—No. Hemos procurado pisar siempre en esta estera que hice colocar desde el primer momento.

—¡Ah! Muy bien.

—Aquí tenéis un saco con una de las botas que llevaba Skaker, uno de los zapatos de Fitzroy Simpson y una herradura de Silver Blaze.

—¡Bravo, querido inspector! Veo que sois un hombre de talento.

Holmes cogió el saco, y bajando del coche puso la estera lo más cerca posible del centro. Luego, echándose boca abajo, apoyando los codos en tierra y hundiendo el montón entre las manos empezó á analizar minuciosamente el barro pisoteado que tenía delante de él.

—¡Calla!—exclamó de pronto.—¿Qué es esto?

Y nos enseñó una cerilla medio consumida, pero tan cubierta de barro, que á primera vista parecía una brizna de madera.

—No sé cómo se me ha podido escapar eso—murmuró Gregory un poco molesto.

—No tiene nada de particular, estando como estaba hundida en el barro. Si yo no la hubiera buscado, tampoco la hubiese visto.

—¿Cómo? ¿Esperábais encontrar eso?

—No estaba muy seguro de ello, pero...

Y sin decir más, Holmes sacó el calzado y comparó las suelas de la bota y del zapato con las huellas que había en el suelo. Luego se levantó y empezó á mirar por los matorrales próximos.

—Temo que no descubráis nada más—dijo el inspector secamente.—He observado cuidadosamente más de doscientos metros.

—Perfectamente—dijo Holmes.—En ese caso sería demasiado prematuro hacer lo que ya habéis hecho vos. Unicamente desearía, antes que se hiciera de noche, dar un paseo por las cercanías, y voy á guardar esta herradura porque dicen que trae la buena suerte.

El coronel Ross, que ya había mostrado algunos síntomas de impaciencia al ver el modo tranquilo y flemático con que trabajaba mi compañero, sacó el reloj y mirando la hora, dijo:

—Os agradeceré, señor inspector, que volváis lo antes posible, porque quisiera que consultaros acerca de muchas cosas, y especialmente de ésta: ¿creéis que, dadas mi dignidad y la consideración pública, debo retirar de las carreras que han de celebrarse el martes el nombre de Silver Blaze?

—¡Eso nunca! ¡De ningún modo!—exclamó enérgicamente Holmes.—Hay que sostener el compromiso hasta el último momento.

El coronel se inclinó.

—Celebro mucho oiros hablar de ese modo. Cuando hayáis terminado vuestro paseo, nos encontraréis en casa del pobre Skaker.

Y en unión del inspector se separó de nosotros, mientras Holmes y yo emprendíamos nuestro paseo á través de la llanura. Moría el sol y se enterraba detrás de las casas de Capleton. La llanura se perdía á lo lejos de una pendiente suave que era de oro, cuando los últimos rayos de luz se posaban sobre los helechos, y que eran de sangre cuando acariciaban las coscojas bravías y los matorrales indómitos.

—Vamos á recapitular, querido Watson—dijo Holmes saliendo de pronto de su abstracción, bien ajena á la grandiosa belleza del crepúsculo.—Prescindamos del asesino y dediquémonos á pensar lo que habrá sido de Silver Blaze. Suponiendo que éste se escapara durante la lucha ó después de ella, ¿dónde está? El caballo es un animal esencialmente sociable, y éste, del cual nos ocupamos ahora, al verse libre seguiría instintivamente la dirección de King's Pyland ó la de Capleton. Si estuviese errante por la llanura ya se le hubiera visto. En cuanto á la desaparición de los bohemios no indica nada. Esta clase de gente huye en cuanto huele que la policía está cerca de ella; y como quiera que Silver Blaze les serviría más de estorbo que de ganancia

en su fuga, ¿por qué hemos de suponer que sean ellos los ladrones?

—Entonces, ¿dónde está ese animal?

—Ya he dicho que una de dos: ó siguió la dirección de King's Pyland ó la de Capleton. En King's Pyland ya sabemos que no está; luego debe estar en Capleton. Tomemos esta hipótesis como punto de partida y veamos á dónde nos conduce. Esta parte del terreno es muy dura, según observó acertadamente el inspector Gregory; pero hacia Capleton se inicia un ligero declive, y, por lo tanto, las aguas se estacionan más fácilmente y la tierra se hace barro en seguida. De ser cierta la hipótesis ahí es donde encontraremos las huellas de Silver Blaze. Mirad, allí, en aquella hondonada, debe haber algo que nos interese.

Apresuramos el paso, y á los pocos minutos estábamos en el sitio señalado. Holmes me encargó que examinara la parte de la izquierda, encargándose él de la derecha. No había dado yo cincuenta pasos cuando oí que me llamaba, y levantando la vista ví que me hacía seña con la mano para que me acercase. En aquella parte el terreno estaba muy húmedo y se distinguía perfectamente el paso de un caballo. Holmes sacó del bolsillo la herradura y vimos que correspondía á las huellas que teníamos delante.

—Ya véis de lo que sirve tener un poco de imaginación. Es la única cualidad que le falta á Gregory. En cambio, nosotros hemos partido de una simple hipótesis, hemos *imaginado* y ya véis cómo

las conjeturas se transforman en certezas. Sigamos andando.

Atravesamos un terreno lleno de fango y luego otro seco y duro, para volver á encontrar otro húmedo y en él las huellas del caballo. Después desaparecían durante 700 ú 800 metros y aparecían nuevamente ya cerca de Capleton. Holmes fué el primero que las vió, y sujetándome por el brazo me las señaló con una mirada. Al lado de los pasos del caballo se veían claramente los de un hombre.

—¡Ya no iba solo!—exclamé.

—Justo—contestó Holmes.—Hasta aquí vino todo. Y luego... ¿pero qué es esto?

La doble pista daba la vuelta bruscamente y parecía tomar la dirección de King's Pyland. La seguimos volviendo hacia atrás, cuando de pronto, mirando por casualidad á un lado, ví algo que me llenó de asombro y detuve á Sherlock que andaba con la vista clavada en el suelo y silbando entre dientes; las mismas huellas volvían hacia Capleton.

—¡Bravo, Watson! Esta observación vuestra nos ahorra una caminata inútil. Sigamos esta nueva pista.

No tuvimos que andar mucho. Las huellas terminaban en la acera de asfalto que se extendía delante de la verja de las cuadras de Capleton. En seguida nos salió un mozo de cuadra al encuentro.

—¡Eh! ¿Dónde váis? No queremos curiosos aquí—gritó.

—Dos palabras, amigo—dijo Holmes llevándose

la mano al bolsillo del chaleco.—Si yo viniese mañana á las cinco de la mañana, ¿sería buena hora para hablar con vuestro amo Silas Bronn.

—¡Á las cinco!... Realmente á esa hora no hay nadie levantado más que él, pero no creo que... Mirad, allí viene, entendéos con él. No, no, gracias, señor. Si mi amo me viera recibir una propina ya me podía contar fuera de la casa. Si queréis más tarde...

Cuando Holmes se llevaba la mano al bolsillo para guardar la moneda, apareció un hombre de aspecto brutal y vino hacia nosotros, agitando un látigo de caza...

—¿Qué es eso, Danson? ¡Basta de conversación! Luego, volviéndose hacia nosotros, continuó en el mismo tono de cólera:

—¿Qué demonios queréis?

—Hablar diez minutos con vos—contestó Holmes dulzamente.

—No tengo ganas de perder el tiempo con desconocidos. Marchaos inmediatamente ó suelto el perro y lo vais á pasar mal.

Holmes se inclinó sobre la oreja del picador y le dijo algunas palabras en voz baja.

Bronn se estremeció y sus mejillas se colorearon rápidamente.

—¡Mentiral—exclamó.—¡Eso es una mentira infame!

Holmes se encogió de hombros.

—Como queráis. A mí lo mismo me da enterar á

todo el mundo ó arreglar la cosa tranquilamente entre los dos.

—Después de todo... no tengo inconveniente en que entréis.

Holmes sonrió, y volviéndose hacia mí, dijo:

—Procuraré no haceros esperar, Watson. Es cuestión de unos minutos. ¿Vamos, Sr. Bronn?

Habían pasado veinte minutos, y el cielo, que fué rojo, era negro cuando salieron Holmes y Silas Bronn. Nunca he visto un cambio tan rápido como el que se había verificado en este último. Estaba livido, la frente llena de sudor, las manos temblonas de tal modo, que el látigo recordaba una rama agitada por el viento. Su actitud insolente y brutal había desaparecido para dejar lugar á la de un perro que sigue á su amo después del castigo.

—Serán ejecutadas vuestras órdenes—decía humildemente á Sherlock—os lo prometo.

—No habrá una mala interpretación, ¿eh?—contestó Holmes mirándole fijamente.

El otro se estremeció, leyendo una amenaza en los ojos de mi compañero.

—No, no. Estad tranquilo. Se hará todo como deseáis. ¿Queréis que lo limpie para...?

Holmes dudó un momento antes de contestar; luego se echó á reír:

—No; dejadle tal como está. Además, ya os escribiré dándoos instrucciones. ¡Y cuidado con engañarme!

—Estad tranquilo.

—No lo perdáis de vista ni un segundo. Tratadlo como si fuera vuestro.

—Sí, sí. Confiad en mí.

—Confío. Mañana tendréis noticias mías.

Y girando sobre los talones, aparentó no ver la mano temblorosa que le tendía Silas Bronn, y emprendimos el camino de King's Pyland.

—Pocas veces he visto una amalgama semejante de arrogancia y de cobardía, de insolencia y de bajeza, como en ese Silas Bronn—dijo Holmes cuando ya estábamos bastante lejos del picadero.

—¿Y el caballo?

—Al principio—continuó Holmes como si no hubiera oído mi pregunta,—intentó echárselas de alto y de caballero conmigo; pero en cuanto le detallé todo lo que habíamos hecho, comprendió que era inútil negar. Ya notaríais, Watson, que las huellas compañeras de las del caballo correspondían á las botas anchas y de punta cuadrada que llevaba Bronn. Además, es lo suficiente listo para no encarar á nadie de una comisión semejante. Le dije que habiendo madrugado el martes, según costumbre suya, salió á dar un paseo y se encontró con un caballo en libertad; que se dirigió hacia él y vió con asombro que era el célebre Silver Blaze, reconociéndole por la estrella blanca que tiene en la frente —y á la cual debe su nombre (1).—La casualidad ponía en sus manos al único caballo capaz de ven-

(1) Véase la primera nota.

cer á Desboroug. Su primer movimiento fué conducir á Silver Blaze á King's Pyland; pero se metió el diablo por medio; le sugirió la idea de que tuviese oculto el caballo hasta después de las carreras, y en vez de devolverlo á su dueño se lo llevó á Capleton. Cuando le dí todos estos detalles, no le quedó otro recurso que ratificarlos, diciendo que su única intención fué la de no perder las grandes cantidades que tenía apostadas en contra de Silver Blaze.

—¿Pero no registraron el picadero de Capleton?

—¿Pero no véis que es un chalán ya viejo y nada tonto?

—¿Y no teméis que le ocurra algo al caballo dejándolo en poder de ese hombre?

—Estad tranquilo, querido Watson. Estoy seguro de que lo cuidará como á las niñas de sus ojos. Sabe de sobra que su única salvación está en entregar el caballo tal como lo encontró.

—Me parece que el coronel Ross no tiene cara de perdonar tan fácilmente.

—El coronel no tiene nada que perdonar. Yo soy el único que lo sabe y contaré lo que me dé la gana. Estas son las ventajas de hacer las cosas por gusto y no por obligación. Ya habéis observado, querido Watson, que el coronel me trata demasiado ceremoniosamente, y en pago de ello voy á divertirme con poco á costa suya. No le digáis una palabra de lo que hemos descubierto.

—Está bien. Seré mudo todo el tiempo que queráis.

—Después de todo, esto no tiene importancia comparado con la muerte del picador y el descubrimiento del asesino.

—¿Qué os váis á consagrar ahora á eso?

—Al contrario. Esta noche misma volveremos á Londres.

Quedé estupefacto. ¿De modo que habíamos pasado unas horas en el Devonshire, habíamos debutado brillantemente, y nos íbamos á ir sin terminar lo que empezaba tan bien?

Por más esfuerzos que hice no pude arrancarle una palabra más á mi compañero hasta que llegamos á la casa del picador. En la sala nos esperaban el coronel y Gregory.

—Mi amigo y yo nos volvemos á Londres en el primer tren—dijo Holmes al entrar.—Hemos dado un paseo delicioso respirando tranquilamente estos aires tan puros y tan sanos.

Gregory le miró asombrado. Por los labios del coronel vagó una sutil é irónica sonrisa.

—Entonces ¿os confesáis incapaz de descubrir el asesino del pobre Skaker?

Holmes se encogió de hombros y contestó:

—Realmente hemos tropezado con algunas dificultades. Sin embargo, espero ver triunfar el martes á Silver Blaze, y os aconsejo que tengáis preparado al jockey... ¿Podrías darme un retrato de John Skaker?

El inspector sacó un envoltorio del bolsillo y se lo entregó á Holmes.

—Gracias, querido Gregory. Veo que os adelantáis á todos mis deseos. ¿Tendréis la amabilidad de esperarme un momento, señores? Tengo que preguntar una cosa á la criada.

—Me parece, Sr. Gregory—dijo el coronel, en cuanto salió Holmes de la sala—que el *amateur* de Londres no sabe lo que se pesca. No hemos adelantado nada con su venida.

—De todos modos—dije yo—tenéis la seguridad de que vuestro caballo figurará en las carreras.

—Sí; tengo *su* seguridad—contestó el coronel encogiéndose de hombros;—pero me gustaría más tener el caballo.

Iba á tomar la defensa de mi amigo cuando éste entró en la sala.

—Vaya, señores. Ya estoy dispuesto para ir á Tassistock.

Salimos al campo. Uno de los mozos de cuadra abrió la puerta del carruaje. De pronto Holmes pareció recordar alguna cosa, y cogiendo al palafrnero por el brazo, le dijo:

—Me parece haber visto allí, en aquella pradera, algunos carneros. ¿Quién es el encargado de ellos?

—Servidor.

—¿No habéis observado hace algunos días una cosa muy rara?

—No... A no ser que tres de ellos cojean...

Comprendí que esta contestación satisfacía completamente á Holmes porque se echó á reír frotándose las manos.

—¡*Touché*, amigo Watson!—murmuró, inclinándose sobre mi oído.

Subimos al coche, y Holmes, dando la mano al inspector, dijo:

—Permitidme, querido Gregory, que os aconseje meditéis acerca de esa extraña epidemia carneril... ¡Vamos, cochero!

En la boca del coronel continuaba la misma sonrisa irónica y algo despreciativa. Pero noté que la última observación de Holmes había afectado profundamente al inspector, quien, abalanzándose hacia el coche preguntó:

—¿Creéis que esa especie de epidemia tenga mucha importancia?

—Muchísima.

—¿Y hay algún otro punto sobre el cual creáis necesario llamarme la atención?

—Sí; respecto del comportamiento raro del perro la noche del crimen.

—Pero si el perro no ha hecho nada...

—Precisamente por eso.

El coche empezó á andar.

Cuatro días más tarde Sherlock Holmes y yo volvimos á tomar pasaje para ir á Winchester, á la gran carrera de Wessex-Cup. El coronel Ross nos esperaba en la estación, y subiendo los tres en su coche, nos dirigimos al hipódromo. El *sportman* estaba muy serio y nos saludó fríamente.

—No tengo el menor indicio de mi caballo—dijo cuando el coche empezó á rodar por las calles de Winchester.

—¿Lo conoceríais si lo viérais?

El coronel se enfureció:

—Hace veinte años que intervengo en carreras de caballos y es la primera vez que me preguntan una cosa semejante... Un niño reconocería á Silver Blaze en la estrella blanca de la cabeza y en la mancha de una de las patas anteriores.

—¿Qué tal la cotización?

—¡Hombre! Eso es lo verdaderamente extraño. Ayer todavía pudisteis tenerlo á quince, pero hoy ha bajado de tal modo que apenas si llega á tres.

—¡Hum!—murmuró Holmes.—Ya veo que hay alguien que...

En aquel momento el coche entraba en el hipódromo y se colocaba frente de las tribunas. Yo miré el programa y en el cuarto lugar leí lo siguiente:

Propietario, Coronel Ross.

Nombre del caballo, Silver Blaze.

Colores, blusa roja y gorra negra.

—Confiado en vuestra promesa—dijo el coronel—he retirado á Bayardo. Pero ¿qué es esto? ¿Es cierto lo que oigo?

Sonaban claros y distintos los gritos:

—¡Cuatro contra cinco, Silver Blaze! ¡Tres contra uno Desborough!

—¡Va á empezar la carrera!—exclamó.—Ya están ahí los seis caballos.